



1212. AQUÍ MORIMOS TODOS

Rubén Martín Hernández

1212. AQUÍ MORIMOS TODOS



Primera edición: marzo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Martín Hernández

ISBN: 978-84-10253-00-1

ISBN digital: 978-84-10253-01-8

Depósito legal: M-7686-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hermano,
el espejo en el que siempre me he mirado.
Aún hoy día, un reflejo tremendamente difícil de alcanzar.*

*¡Oh Patria! Cuántos hechos, cuántos nombres;
cuántos sucesos y victorias grandes...
Pues que tienes quien haga y quien te obliga,
¿Por qué te falta, España, quien lo diga?*

LOPE DE VEGA

19 de julio de 1195

Alrededores de la inacabada fortaleza
castellana de Alarcos

A pesar del sofocante calor del duro verano castellano y del pesado equipamiento que lucían los caballeros, ninguno de ellos parecía reaccionar ante la terrible visión que presenciaban sus ojos.

Era mediodía y la caballería cristiana, al mando de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, llevaba cerca de tres horas empecinada en una carga tras otra contra las huestes almohades, cada una más impetuosa y brutal que la anterior; cuando la primera línea musulmana cedió replegándose sobre el grueso de su ejército.

Lejos de cundir la alegría dentro del ejército castellano, las tropas de reserva que aguardaban junto al rey observaban como, a pesar de las numerosas bajas sufridas, el repliegue se realizaba de forma ordenada, proporcionando el tiempo necesario a la famosa caballería almohade para cercar a los caballeros castellanos y atacarlos por su retaguardia.

La caballería y los arqueros del califa al-Mansur rodeaban y arrinconaban a los caballeros contra el cuerpo principal del ejército almohade que, ayudados por el agobiante calor del verano castellano y por la fatiga acumulada a lo largo de la batalla, estaban dando al traste con las esperanzas cristianas.

—Alteza, ¿orden de retirada? Don Diego y los suyos no tienen ninguna oportunidad, me temo que no tenemos otra opción si no

queremos perder todo el ejército —dijo don Martín López de Pisuerga, arzobispo de Toledo.

El rey, Alfonso VIII de Castilla, el más poderoso de los reyes cristianos de la península Ibérica, maldecía. Maldecía a los musulmanes, su tenacidad, la destreza de sus generales en el arte de la guerra, la disciplina de sus guerreros y la fortaleza de su fe. Maldecía su torpeza por haberse dejado arrastrar a un campo de batalla que no le era propicio. Maldecía no haber esperado a Alfonso de León y a Sancho de Navarra, ambos en camino junto a sus tropas. Maldecía su imprudencia y su impaciencia.

—¡¡No!! Maldita sea —contestó el rey—. Eminencias, maestros, capitanes, preparen a sus hombres para socorrer nuestra vanguardia.

Los líderes del ejército cristiano se miraron entre sí sin entender, nadie se atrevía a contradecir a Alfonso de Castilla, pero lo que proponía rayaba la locura visto el discurrir de la batalla. Tras un instante de silencio, el único que se atrevió a tomar la palabra fue el maestro de la Orden de Calatrava, frey Nuño Pérez de Quiñones.

—Alteza, debemos retirarnos, si no lo hacemos, las consecuencias serán peores. El reino entero quedará a merced de los infieles.

—No..., no podemos, no puede ser.

—Alteza, por favor, retiraos con el resto del ejército, mis hermanos y yo guardaremos vuestra retirada, pero no hay tiempo que perder.

El rey miró las caras de los hombres de confianza que lo rodeaban. Sabía tan bien como ellos que debían retirarse a la protección de los muros de la fortaleza en construcción. Esta derrota no debía haber tenido lugar.

—A Alarcos, toquen retirada —dijo don Alfonso, con tono abatido, casi como si, en vez del poderoso monarca que era, se tratara de uno de los jóvenes escuderos que acompañaban a los caballeros del ejército—. Manteneos sobre el campo de batalla el mínimo tiempo imprescindible para cubrir la retirada de don Diego y los suyos, os necesito para la defensa del reino. Gracias, maestro.

—Como mandéis, alteza. Por Castilla. Por nuestra fe —respondió el maestro calatravo. Su tono fue sereno como si no fuera en busca de la muerte, como si nada importase.

Alfonso de Castilla vio alejarse a frey Nuño junto al resto de freires calatravos. Todos los hombres se retiraban hacia la seguridad del castillo, mientras que unos pocos enfilaban en sentido contrario, firmes, decididos a cumplir las órdenes de su rey, a cumplir con sus votos de proteger a la cristiandad de los infieles. No hubo quejas, protestas o miradas atrás. Solo obediencia ciega.

Principios del año de 1211

Corte almohade en Marrakech

Hacía pocas horas que el sol se había levantado cuando el enviado del emir de la ciudad andalusí de Sevilla vislumbró los minaretes de la que todos conocían como la Ciudad Roja, la Perla del Sur. Apenas unos días atrás, Yusuf había sido llamado ante el mismísimo emir de Sevilla, el cual le había encomendado la más importante y honorable de las tareas imaginables por un joven soldado como él. Debía llevar, sin dilación, un mensaje a Marrakech y entregarlo en mano al propio Príncipe de los Creyentes, el califa al-Nasir. Tal era el empeño en cumplir su misión en el menor tiempo posible, que Yusuf exprimía un caballo tras otro hasta casi reventarlos por el esfuerzo del incesante galope. Yusuf nunca se había alejado más allá de unas decenas de kilómetros de su Sevilla natal y este viaje suponía una aventura inabarcable para su imaginación. A la emoción de poder encontrarse frente al mismísimo califa, Yusuf sumaba la ansiedad que le suponía la oportunidad de conocer la famosa ciudad de Marrakech.

De todo Marrakech, lo primero que se divisaba al acercarse desde la lejanía era el alto alminar de la gran mezquita Kutubiyya. Yusuf quedó estupefacto cuando lo vio. Él se había criado en Sevilla y cualquiera que hubiese visitado la ciudad, retenía en su mente el alminar de su gran mezquita, la que los infieles cristianos llamarían Giralda. Y si no hubiese sido por los días de camino recorridos, Yusuf juraría que estaba ante los muros de la propia Sevilla. Quizá

alguien hubiera desmontado piedra a piedra el alminar sevillano, y lo hubiera reconstruido en Marrakech. Lo que estaba claro era que ambas construcciones, separadas por cientos de kilómetros de distancia la una de la otra, eran prácticamente idénticas. Quizá tuvieran alguna diferencia identificable para el ojo experto, mas no para Yusuf.

Con decisión, Yusuf rodeó la ciudad. A pesar de que lo lógico hubiera sido acceder a la misma por una de las puertas del norte, decidió que sería más rápido y efectivo rodearla, y acceder a la gran Qasba directamente por la puerta de Bab Agnaou. La gran Qasba real había sido diseñada y creada por el califa al-Mansur, padre de al-Nasir, a imagen y representación del poder religioso y terrenal del gran imperio almohade.

A medida que se acercaba a la monumental puerta de Bab Agnaou, no podía dejar de admirar todo lo que veía. Los enormes arcos plagados de motivos vegetales y, sobre todo, de motivos religiosos. Ni un solo rincón de aquellas puertas y muros quedaban relegados a la simple tarea defensiva, sino que eran capaces de hablar sin palabras las grandezas de los califas que dirigían los designios de cientos de miles de personas desde su interior. Yusuf no alcanzaba a recoger en su mente todo lo que captaban sus sentidos. ¡Y aún no había llegado a entrar en la ciudad! Los tesoros que albergaba en su interior eran mucho mayores y más conocidos que sus murallas. Las salas y terrazas de la mezquita Kutubiyya, la mezquita Kasbah o los jardines de la Míara. Aún más, Marrakech se había convertido, en las últimas décadas, en el faro que atraía a los más célebres pensadores, poetas, científicos y filósofos del orbe árabe y de la cultura islámica.

Estas y otras ideas inundaban la mente de Yusuf, cuando se topó frente a Bab Agnaou y dos guardias le salieron al paso casi sin darle tiempo a reaccionar. El que habló fue el mayor de ellos, un sargento equipado con la armadura completa de la guardia del califa, alto, ancho de hombros y con un gran bigote, el típico soldado que, con un solo vistazo bastaba para darse cuenta de que

sabía cómo manejar la alabarda que sostenía con aire amenazante.

—¡Quieto! ¿Quién sois y qué te trae a este lugar?

—Mi nombre es Yusuf ben Yarur, soy miembro de la guardia de la ciudad andalusí de Sevilla y traigo un mensaje urgente del emir de Sevilla para el califa al-Nasir, Príncipe de los Creyentes.

—Dádmelo y yo se lo haré llegar inmediatamente —dijo el guardia extendiendo la mano.

En ese momento, Yusuf dudó, tan inexperto era en estas situaciones que no había esperado que fueran a ponerle problemas para acceder al califa. Se maldijo por su estupidez, ¿cómo podía haber sido tan estúpido? Pero las órdenes eran tajantes: debía entregar el mensaje en mano y volver a uña de caballo con la respuesta que le diesen. Trató de solventar el contratiempo como pudo.

—Lo siento, sargento, pero tengo órdenes estrictas del emir de entregar el mensaje en mano y volver a Sevilla con la respuesta de nuestro señor, el califa, a la mayor brevedad. Si no podéis franquearme el paso, haced llamar al capitán al cargo de la puerta. ¡Rápido, no hay un minuto que perder! —dijo Yusuf con el mayor aplomo que fue capaz de reunir.

El sargento dudó. No le agradaba que un crío le diera órdenes, pero si realmente llevaba un mensaje para el califa y era tan importante como decía, no quería ni imaginar lo que podría sucederle si le retenía en la puerta y el mensaje no llegaba a su destino. En ese momento decidió que su soldada no era tan espléndida como para incluir la toma de este tipo de decisiones, por lo que se volvió hacia el joven soldado que le acompañaba, no mucho mayor que el jinete que tenía delante, y le envió a despertar al capitán. Tampoco quería estar en el pellejo del mocosito, el capitán Hussein siempre hacía gala de sus malas pulgas sin importar el motivo.

—Espera aquí —le dijo a Yusuf.

Aun hubo de esperar una buena media hora. Yusuf no se apeó de su caballo durante este tiempo y mantuvo la compostura, erguido y mirada penetrante, intentando hacer creer a los guardias que por allí se movían que era una especie de personalidad noble

andalusí y que se sentía profundamente insultado por la espera. Se encontraba cavilando si su pose engañaba a los soldados que por allí circulaban o si, simplemente, les daba igual quien era y que le traía allí, cuando apareció el capitán de la puerta. Era un hombre que, ciertamente, había conocido tiempos mejores. Lucía anchos hombros y un espeso bigote que mantenían una reminiscencia de la fiereza del guerrero que una vez fue. Pero la prominente barriga que lucía bajo unas ricas y lujosas ropas anunciaba que el fiero soldado había dado paso al cortesano adulador. Esto le dio algo de confianza en que su misión podía llegar a buen puerto.

—¿Sois vos quien interrumpís mis quehaceres? ¿Quién sois y qué te trae a este lugar?

—Mi nombre es Yusuf ben Yarur —repitió con frialdad Yusuf, la espera a la que le había sometido el orondo capitán no le había hecho ninguna gracia—, soy miembro de la guardia de la ciudad andalusí de Sevilla y traigo un mensaje urgente del emir de Sevilla para el califa al-Nasir. ¿Acaso estáis vos al mando de la puerta? ¿Seréis vos capaz de hacerme llegar ante su alteza para poder volver a Sevilla con su respuesta?

—Desmontad, por favor —el capitán no las tenía todas consigo, pero no se iba a arriesgar a ser quien saboteara las comunicaciones entre el califa y uno de los emires más importantes del imperio—, soy el capitán Hussein al-Bakri y me encuentro al cargo de la puerta de Bab Agnaou. Lo siento, pero tendremos que registraros y desarmaros. Os acompañaré hasta la presencia del visir Abu Said ben Yamí.

Yusuf desmontó y abrió los brazos haciendo ver al sargento que se le acercaba que no opondría resistencia. En su mente apenas cabía otra cosa que las palabras del capitán Hussein. Le llevarían a la presencia del gran visir. No pudo evitar que le flaquearan las piernas. Le guiaron por largos pasillos decorados de mármol y sedas. Altas columnas y cristaleras de vivos colores. Salones llenos de divanes, cojines y luz. Tapices con escenas de caza y con suras del sagrado Corán. Tras más de quince minutos de recorrer pasi-

llos y salones, alcanzaron una alta puerta, maciza, de madera noble.

—Esperad aquí hasta que os llamen —dijo el capitán al-Bakri con tono serio antes de entrar en la sala de audiencias.

Prácticamente al instante, uno de los sirvientes del visir a cargo de la sala de audiencias, salía al pasillo y le indicaba que entrase. La sala estaba repleta de gente: sirvientes, escribas, contables, mensajeros y resto de personas que realizaban todo tipo de trabajos necesarios para la buena marcha de la actividad político-militar del imperio. Entre todas estas personas que parecían no haber siquiera visto a Yusuf, a pesar de que este se sentía observado por mil ojos, al fondo de la sala, se encontraba el capitán de la guardia que le había acompañado hasta allí junto a un hombre alto y espigado que vestía ricas ropas y turbante de seda, además de lucir en sus dedos y muñecas joyas que Yusuf no habría imaginado que existieran. Le llevaron hasta él y el joven soldado esperó a que le hablasen.

—¿Vos sois el mensajero del emir Muhammad? —dijo el hombre espigado que Yusuf supuso era el visir Abu Said, a pesar de no atreverse a preguntarlo.

—Sí, mi señor, Yusuf ben Yarur.

—Bien, me informan de que tienes un mensaje para su excelencia el califa. ¿Es así?

—Sí, mi señor —repitió Yusuf, que no se encontraba cómodo en presencia de personas tan importantes.

—Podéis entregármelo a mí, yo me encargaré de él —respondió el visir con aire de autoridad, extendiendo la mano.

—Lo siento, señor —balbució Yusuf, que empezaba a no estar seguro de que fueran a dejarle salir de allí tan fácilmente como había entrado—, pero tengo órdenes de entregar el mensaje al propio Príncipe de los Creyentes. No puedo entregarlo de otra forma.

El visir sonrió, aunque Yusuf no lograba discernir si era porque le agradaba la lealtad del joven mensajero o porque ya cavilaba el castigo por haberle contradicho.

—Es todo un halago tener hombres tan decididos y dedicados...

En ese momento, se abrieron con estrépito las puertas de la sala de audiencias cortando las palabras del visir, a la vez que una comitiva de sirvientes entraba por ella. Yusuf no entendía qué estaba pasando, pero observó que todos hacían un alto en sus tareas y se arrodillaban inclinando sus cabezas. A su lado, el capitán al-Bakri hacía lo propio y el visir se adelantaba hacia el centro de la sala. Quizá por no destacar entre todos los presentes, o por cualquier otro motivo que nunca sabría explicar, algo llevó a Yusuf a hincar a su vez la rodilla, a imagen de lo que hacía el resto de los presentes.

Tras el grupo de sirvientes, entró en la sala un hombre alto, con la barba roja pulcramente arreglada y con los ojos de un color azul grisáceo que le recordaba a las garzas que poblaban los humedales que Yusuf había encontrado una y otra vez en su camino hasta Marrakech. Además, lucía un enorme turbante de la mejor seda, decorado con hilo de oro. Su presencia era imponente y desprendía majestuosidad. Cerrando la comitiva, entraron en la sala diez soldados con armaduras relucientes y largas lanzas.

—Nos honráis con vuestra presencia, mi señor, Príncipe de los Creyentes —dijo el visir Abu Said mientras se inclinaba en una pronunciada reverencia.

—Por favor, alzaos, mi buen Abu Said —dijo el califa al-Nasir mientras se acomodaba sobre una enorme pila de cojines de vivos colores—. Decidme, ¿en qué puedo servir hoy a mi pueblo?

La sala empezó a tomar vida de nuevo. Cuando Yusuf alzó la vista de nuevo, todos los trabajadores de la sala estaban ya en pie, enfrascados en sus tareas. Yusuf también se puso de nuevo en pie y se dispuso a esperar a que alguien le dirigiera la palabra en un discreto segundo plano.

—Precisamente, acaba de llegar a nuestra presencia un mensajero de vuestro emir en la ciudad de Sevilla con un mensaje que, obstinado en el cumplimiento de las órdenes recibidas en Sevilla —dijo el visir con cierto aire de resentimiento, mirando de reojo a Yusuf—, se niega a entregármelo alegando que debe entregárselo a su alteza en mano. Ya le he dicho que es impensable...

Al-Nasir cortó la verborrea del visir de raíz con un simple gesto de su mano. Se inclinó sobre sí mismo en los cojines y miró fijamente a Yusuf que, bloqueado de pies a cabeza, quedó sumergido en la mirada del califa. Un codazo del capitán al-Bakri fue lo único que le hizo reaccionar. Una vez vuelto en sí, dio un paso adelante, puso una rodilla en tierra e inclinó la cabeza en señal de sumisión, todo a un tiempo.

—Vos debéis ser el enviado al que se refiere mi visir —dijo el califa con un tono inexpresivo que Yusuf no habría sabido definir—, ya estáis frente a mí, adelante, puedes entregarme el mensaje, obstinado soldado —en esta ocasión sonrió burlonamente, pero no le dirigió su mirada a Yusuf, sino que, de reojo, observó al visir Abu Said.

En ese momento, y sin pronunciar palabra alguna, Yusuf, con su mejor compostura y paso marcial, se acercó al Príncipe de los Creyentes y, arrodillándose de nuevo, alargó el documento escrito hacia el califa. Este lo tomó en sus manos y, poniéndose en pie, se dispuso a leerlo detenidamente.

El visir, el capitán de la puerta y el mensajero aguardaron a que el califa leyera y relejera la misiva, empleando todo el tiempo que consideró oportuno. Una vez terminado, al-Nasir se volvió hacia su visir y le habló con el mismo tono que habría utilizado para preguntarle por una cacería o por el tiempo.

—Abu, parece que nuestros queridos vecinos cristianos están un poco nerviosos. Según nos cuenta el emir Muhammad, sus espías le han informado de que el Santo Padre —dijo el Príncipe de los Creyentes, escupiendo aquellas palabras—, ese perro infiel en cuyos consejos pierden el alma tantos hombres, parece que se ha tomado en serio nuestras amenazas y tiene pesadillas con que los estandartes del Profeta ondeen en los palacios de Europa, con que convierta las iglesias de su orgullosa Roma en mis establos —al decir esto, su cara reflejo una sonrisa lobuna que heló la sangre a Yusuf—. Parece que está alentando a los reyezuelos cristianos de Al-Ándalus para que dejen de guerrear entre ellos, rompan los

acuerdos que hemos establecido y hagan frente común contra mí. ¡Cómo si su falso dios pudiera ayudarles en algo! —al-Nasir soltó una carcajada que hizo volverse a todos los presentes, mientras que Yusuf solo fue capaz de encogerse un poco más ante las reacciones que estaba provocando la misiva en el califa.

—¿Dice la misiva del emir algo sobre la respuesta de los reyes cristianos a este llamamiento? —preguntó Abu Said con cara de preocupación.

Para el califa, el papa cristiano no pasaba de ser un perro infiel más entre tantos otros obispos, sacerdotes y hombres de fe infieles, pero el visir albergaba dudas sobre la capacidad de movilización que podía tener aquel hombre en toda la Europa cristiana. Si a las tropas cristianas localizadas en territorios de Al-Ándalus, se les unían tropas de Francia, Italia, Alemania e, incluso, naciones más lejanas, los territorios almohades en suelo europeo podían verse comprometidos. Y eso no podía ser permitido, tendrían que actuar de inmediato.

—Parece que, *a priori*, no se lo están tomando muy en serio, pero creo que coincidirás conmigo en que no podemos permitir que se amenace impunemente a los buenos creyentes que, bajo mi protección, viven pacíficamente tanto en Al-Ándalus como en el resto del poderoso imperio que Alá, en su infinita sabiduría, ha tenido a bien otorgar al pueblo almohade.

—Estoy totalmente de acuerdo, mi señor, creo que deberíamos ser contundentes en nuestra respuesta —confirmó Abu Said, afirmando enérgicamente con la cabeza.

—¿Recordáis aquella fortaleza en la frontera que tomaron, mediante traición, esos impíos frailes-soldado castellanos hace unos años? —preguntó el califa, tras unos segundos de reflexión, sin destinar la pregunta a ningún interlocutor en concreto.

—Los cristianos lo llaman Castillo de Salvatierra, alteza, lo siguen defendiendo los frailes-soldado que llaman de Calatrava —respondió espontáneamente Yusuf, solo para arrepentirse un segundo después de haber abierto la boca sin permiso. A pesar

de que Yusuf apenas era un crío cuando se perdió la fortaleza fronteriza, aquella traición era una espina clavada en el corazón de todos los andalusíes, que, sin excepción, ansiaban fuera extirpada a sangre y fuego.

—Entonces —dijo al-Nasir volviéndose hacia él—, este será el mensaje que transmitiréis al emir Muhammad. Será breve, no necesitaréis de mensajes escritos. Organizará todo lo necesario para que mi ejército atraviese los territorios de Al-Ándalus. Pertrechos, armas, hombres, todo. Partiré desde mi capital, aquí en Marrakech, reuniendo las tropas de camino a Sevilla, a donde deberíamos llegar a finales de primavera. Allí se nos unirán las tropas que congregue el propio emir y, juntos, borraremos esa mota de polvo infiel de las tierras bendecidas por las enseñanzas del Profeta. Una vez retomada la fortaleza, veremos cómo continuar la campaña. Mi visir —en este momento, se volvió hacia el visir Abu Said— os entregará los documentos necesarios para que el emir Muhammad pueda realizar las levadas oportunas y obtener el dinero para pagar a los hombres. Descansad esta noche, joven soldado, y marchad de vuelta a Sevilla con las primeras luces del alba.

